

algar  CALCEÑÍN
TEATRO

Romeo y Julieta

William
Shakespeare

Adaptación de
Rodolf Sirera

Ilustraciones
Conxita
Rodríguez



ACTO PRIMERO

ESCENA I

(Verona. Una plaza pública. El CORO está en el centro de la escena. SANSÓN y GREGORIO, criados de Capuleto, juegan en un lateral, mientras el CORO habla).

CORO.

En la inmortal Verona, iguales en poder
dos casas hay muy nobles, largo tiempo enfren-
[tadas
por antiguas pependencias por causas olvidadas,
que acostumbran con sangre sus odios resol-
[ver.

*(Entran ABRAHAM, criado de Montesco, y
BALTASAR, criado de ROMEO).*

SANSÓN. *(A GREGORIO).* La espada está lista.
Provócalos y yo te protegeré.

ABRAHAM. ¿Eso de chuparos el dedo lo hacéis por nosotros?⁹

GREGORIO. ¿Y qué si así fuera?

ABRAHAM. Si buscáis reñir, encontraréis lo que buscáis.

(Desenvainan las espadas y riñen).

CORO.

Pero la oscura entraña de tan duros rivales
engendró dos amantes que por funesta suerte
vivirán un amor que truncará la muerte
y enterrará con ellos los odios paternos.

(Entra BENVOLIO, saca la espada e intenta separarlos).

BENVOLIO. ¿Estáis locos? ¿Qué hacéis?

(Entra TIBALDO. Desenvaina).

TIBALDO. ¡Desafías a la muerte! ¡Huye, Benvolio!

BENVOLIO. Solo quiero poner paz, Tibaldo, escúchame...

9. Morderse o chuparse el pulgar era signo de burla.

TIBALDO. ¿Paz, con la espada en la mano? ¡Lucha, cobarde!

(Los seis luchan a espada, mientras continúa el CORO).

CORO.

Los trágicos sucesos de este amor sin ventura, que los odios absurdos de los padres condena, y el dolor que la muerte de los hijos procura en la próxima hora ocuparán la escena.

(Entra gente del pueblo, con palos, riñen entre ellos).

PUEBLO. ¡Abajo los Capuleto! ¡Abajo los Montesco!

(Entra el viejo CAPULETO, con ropa de diario, y su mujer).

CAPULETO. ¡Mi espada! ¿Dónde está mi espada?

(Entran MONTESCO y su mujer).

MONTESCO. ¡Viejo miserable! *(A la SEÑORA MONTESCO)*. ¡No me detengas! ¡Déjame!

CORO.

Perdonad la impericia: nuestro arte es limitado.
Prometemos esfuerzo y un ánimo entregado.

(Entra el PRÍNCIPE Escalus al frente de su comitiva).

PRÍNCIPE.

Sois súbditos rebeldes, que despreciáis la paz,
y profanáis las armas con sangre del vecino:
¿no escucháis lo que digo? ¿Sois hombres o sois
[bestias?

Solo apagar sabéis el fuego que os domina
derramando más sangre. ¡He aquí que yo os
[ordenoso pena de tortura que abandonéis las armas
y escuchéis el airado dictamen de este prínci-
[pe!

Tres contiendas civiles, fruto de vuestra inquina,
orgullosa Montesco y altivo Capuleto,
han turbado tres veces la paz de esta ciudad.
Si de nuevo volvéis a alterar con disturbios
las calles de Verona, pagaréis con la vida:
queda dicho. Y marchad, cada uno a su casa.
Capuleto, conmigo vendrás, y tú, Montesco,
irás mañana allí, donde imparto justicia,

para informar de todo. Los demás, ¡largo, rápido,
bajo pena de muerte, abandonad la plaza!

*(Todos salen, excepto MONTESCO, la SEÑORA
MONTESCO y BENVOLIO).*

MONTESCO. *(A BENVOLIO).*

¿La disputa por qué causa esta vez
ha estallado, sobrino?

BENVOLIO.

Al llegar
sus criados reñían con los nuestros.
Intenté separarlos y Tibaldo
furioso me atacó.

SRA. MONTESCO.

¿Qué hay de Romeo?
Que lejos estuviera, es una suerte.

BENVOLIO.

Una hora antes que el sol apareciera
por el dorado ventanal del horizonte
buscando hallar la paz para mi espíritu
a pasear salí: y vi a lo lejos
a vuestro hijo que también marchaba
por la muda arboleda, pero al verme
huyó de mí, como si no quisiera
compartir su inquietud con nadie más.

MONTESCO.

Muchas mañanas dicen que lo vieron,
cuando aún la oscuridad reinando está.
Y cuando el sol descorre la cortina
del dosel de la aurora, vuelve a casa
y allí se encierra bajo siete llaves
en su estudio y atranca las ventanas
y todo en torno suyo se hace noche.

BENVOLIO.

¿Y no sabéis la causa?

MONTESCO.

Bien quisiera.

Ni su madre ni yo, ni otros amigos,
pudimos deshacer este silencio:
encerrado en sí mismo siempre está,
como flor infectada por gusanos
que ansiaran codiciosos su energía.
Si lo que le entristece nos dijera,
no dudes que curarlo intentaríamos.

(Entra ROMEO).

BENVOLIO.

Ya ha llegado, dejadme, trataré
de encontrar el motivo de su pena.

MONTESCO.

Vamos, señora.

(*MONTESCO y su mujer salen*).

BENVOLIO.

Feliz mañana,

primo.

ROMEO.

¿Dices mañana? ¿Acaso el día
tan joven es?

BENVOLIO.

No llega a nueve horas.

ROMEO.

Largas son si son tristes. ¿Es mi padre
quien se acaba de ir?

BENVOLIO.

Sí que lo era.

¿Qué hace largas las horas de Romeo?
¿Estás enamorado?

ROMEO.

Falto estoy

del favor de quien amo.

BENVOLIO.

¡Ah, el amor,
tan gentil de apariencia y tan esquivo,
tan áspero y tirano, a quien lo prueba!

ROMEO.

Cierto, el amor desorden es y mezcla

de formas seductoras y discordia,
es amor enemigo, odio amoroso,
pluma de plomo hecha y fuego helado,
salud enferma y sueño del despierto,
¡nada es lo que es! Es el amor que siento
sin sentir el amor en nada de ello.
¿No te da risa?

BENVOLIO.

No me la da, que lloro
por tu dolor.

ROMEO.

Llorar es obligado
cuando se habla de amor.

(Hace gesto de irse).

Que Dios te guarde.

BENVOLIO.

Espera, no te vayas, te acompaño.

ROMEO.

El alma yo he perdido, aquí no estoy.
Y Romeo no es este...

BENVOLIO.

Calma, primo;
¿a quién dices querer?

ROMEO.

A una mujer
que rechaza el amor, porque hizo voto
de vivir castamente. De Diana¹⁰
la diosa cazadora imita el gesto
y los asaltos de Cupido¹¹ ignora.
Juró solemnemente nunca amar
y aunque su voto me causó la muerte,
quiero vivir y que lo sepan todos.

BENVOLIO.

Olvídala y no pienses.

ROMEO.

Que no piense...
¿Se puede no pensar? ¿Cómo se olvida?

BENVOLIO.

Abre los ojos, mira a otras mujeres...

ROMEO.

¿Que mire a otras mujeres? Si comparo,

10. Diana es el equivalente romano de Artemisa, que era la diosa griega de la castidad; hermana melliza de Apolo e hija de Zeus, permaneció virgen y eternamente joven. Es la protectora de los bosques y de la naturaleza salvaje.

11. Cupido –Eros, en la mitología griega– es el dios romano del amor y se le representa tradicionalmente como un joven con alas, los ojos vendados –por eso, popularmente se dice que el amor es ciego– y armado con arco y flechas.

en lugar de olvidarla, más la añoro.
Las más hermosas son para mí poema,
mas solo leo el nombre que les vence.
Te dejo ya, no enseñas a olvidar.

BENVOLIO.

Te juro que lo haré, no estés inquieto.

(Salen).

ESCENA II

(Otra calle. Entran CAPULETO, PARIS y un CRIADO).

CAPULETO.

Amenazarnos con castigos a ambos,
a Montesco y a mí, quizá consiga
que vivamos sin guerra.

PARIS.

Ambos tenéis
igual nombre y honor, y las pependencias,
eternas cual las vuestras, los ensucian.
¿Qué respondéis, señor, a mi propuesta?

CAPULETO.

Repito lo que dije: que mi hija

todo del mundo ignora. Catorce años,
noble Paris, son pocos. Esperemos
que dos estíos se marchiten, antes
de que para casarse esté madura.

PARIS.

Las hay que son más jóvenes y madres.

CAPULETO.

Y también se marchitan mucho antes.
Su corazón, sin prisas, ve y conquista,
porque la voluntad suya es la mía.
Cuando hayas conseguido que te acepte
tendrás su amor pero también mi afecto.
Según viejas costumbres, esta noche
doy una fiesta para amigos íntimos,
a quienes más estimo, tú entre ellos.
Habrá damas muy bellas. Haz la corte
a quien tenga más mérito, mas mi hija,
aunque se halle entre ellas, no entra en liza.

(Disponiéndose a salir).

Ven conmigo.

(Al CRIADO, dándole un papel).

Recórrete Verona;

y diles a las personas cuyos nombres van en este papel que serán todos esta noche en mi casa bienvenidos.

(Salen CAPULETO y PARIS).

CRIADO. «Diles a las personas cuyos nombres van en este papel...». Tendré que encontrar a las personas cuyos nombres van en este papel, cuando no sé los nombres que el escritor ha escrito. Tendré que buscar a alguien que entienda...

(Entran BENVOLIO y ROMEO).

BENVOLIO.

Recuerda que un incendio el fuego engulle y una pena se olvida ante otra pena.

ROMEO.

Si se vence el dolor con más dolor no me gusta el remedio.

(Viendo al CRIADO).

¿Hola, qué hay?

CRIADO. Buenas noches, señor, el Señor nos guarde a todos. Por favor: ¿sabéis leer?

ROMEO. Mi destino en mi desgracia.

CRIADO. Esto quizá lo habéis aprendido sin libro.

Lo que yo os pregunto es si sabéis leer lo que veis.

ROMEO. Siempre que conozca las letras y el idioma.

CRIADO. Así, cualquiera. Dios os conserve el buen humor.

ROMEO. (*Deteniéndolo*). Espera, amigo, que sé leer. (*Le coge el papel de las manos y empieza a leer*). «El señor Martino, su esposa e hijas; el conde Anselmo y sus distinguidas hermanas; la señora viuda de Vitrubio; el señor Placencio y sus amables sobrinas; Mercucio y su hermano Valentín; mi tío Capuleto, su esposa e hijas; mi sobrina, la encantadora Rosalina, y Livia; el señor Valentio y su primo Tibaldo; Lucio y la gentil Helena». Una bella asamblea. ¿Dónde es la fiesta?

CRIADO. ¿Dónde ha de ser? ¡En casa!

ROMEO. ¿En qué casa?

CRIADO. La de mi amo.

ROMEO. Tendríamos que haber empezado por ahí.

¿Y, tu amo...?

CRIADO. Os lo diré sin que tengáis que preguntármelo. Mi amo es el noble y rico Capuleto, y si vos no sois un Montesco, en cuyo caso se-

riáis malavenido, os ruego que vengáis y vaciéis una copa de vino. Os podréis divertir. Buenas noches.

(Sale).

BENVOLIO.

Ya lo oíste: en la fiesta, Rosalina,
la muchacha que amas, estará
con las demás bellezas de Verona.
Buena ocasión será para que vayas
y compares los rostros, y compruebes
que hay más bellos que el suyo entre las damas.

ROMEO.

Más hermoso que el suyo no hay ninguno.
Nunca vio igual el sol, que lo ve todo.
Pero he de ir, mas no por comparar,
sino por ver triunfar a la que amo.

(Salen).